



Jaroslav Hašek

Las aventuras
del buen soldado Švejk

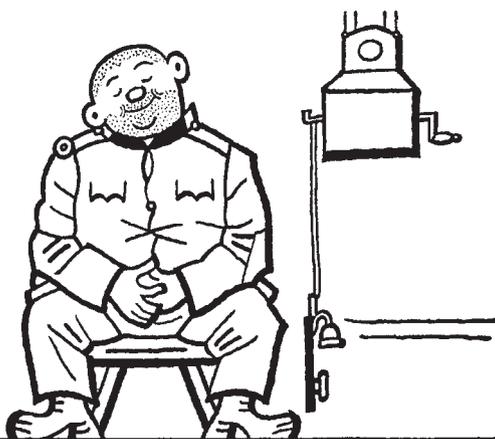
Galaxia Gutenberg

**LAS AVENTURAS
DEL BUEN
SOLDADO ŠVEJK**

JAROSLAV HAŠEK
**LAS AVENTURAS
DEL BUEN
SOLDADO ŠVEJK**

ILUSTRADO POR
JOSEF LADA

TRADUCCIÓN
Y PRÓLOGO DE
MONIKA ZGUSTOVA



GALAXIA GUTENBERG

Título de la edición original: *Osudy dobrého vojáka Švejka*
Traducción del checo: Monika Zgustova

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S. L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición de la obra en Galaxia Gutenberg: enero 2008
Primera edición en este formato: abril 2016

© de las ilustraciones: Heredera de Josef Lada c/o DILIA, 2008
© de la traducción y el prólogo: Monika Zgustova, 2008, 2016
© Galaxia Gutenberg, S. L., 2016

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 6406-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-96-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

PRÓLOGO

Un parlanchín que se fue a la guerra

Josef Švejk se encuentra con Josef K.

Estamos en Praga, año 1921. Es una oscura tarde de noviembre, la llovizna que cae hace brillar los tejados bajos del barrio antiguo y la luz de los faroles de gas se reflejan en el pavimento húmedo. Nos hemos detenido en medio del puente de Carlos para admirar el panorama de las torres góticas y del Castillo, e intuir el fluir negro del río Moldava por debajo de nosotros. En este atardecer lluvioso el puente está desierto.

De repente oímos pasos, tanto a la izquierda como a la derecha. Giramos la cabeza a la izquierda y vemos un soldado, ridículo con su uniforme desastrado, una especie de payaso; otros dos soldados, uno espigado, el otro rechoncho, le conducen desde el Castillo hacia el barrio de Staré Město, o Ciudad Vieja; los tres conversan animosamente, ríen. Girando la cabeza a la derecha, observamos otro trío: dos personas con aspecto distante y anónimo acompañan, en dirección contraria a la de los soldados, a un hombre con aire de oficinista, pálido como si fuera a la muerte. Al final, los dos hombres bajo vigilancia, el soldado y el oficinista, topan uno con otro en medio del puente, durante un instante se miran a los ojos, pero cada uno está demasiado absorto en sus pensamientos como para interesarse por el individuo con quien se ha tropezado.

El primero de los dos soldados bajo vigilancia, el payaso risueño, es el buen soldado Švejk, personaje principal de la novela homónima de Jaroslav Hašek; los soldados le llevan a casa del capellán castrense Katz, el borracho notorio, donde han destinado a Švejk a hacer de ayudante. El oficinista pálido es Josef K., protagonista de *El proceso*, de Franz Kafka; le

conducen en sentido contrario, de Staré Město al Castillo, para ejecutarlo en una cantera vecina. Lo que acabamos de presenciar en el puente de Carlos es el encuentro de la literatura escrita en checo con la que se hace en alemán, las dos en Praga, representadas por el más grande escritor de cada una de ellas: Hašek y Kafka, dos contemporáneos.

Las dos culturas de Praga

Las dos culturas, la checa y la germanohablante, convivían en Praga de la misma manera que el buen soldado Švejk tropezó con Josef K.: se encontraban, se reconocían, se respetaban, pero cada una iba en su propia dirección. Cada una tenía una tradición diferente, unos puntos de referencia distintos y cada una buscaba unas fuentes de inspiración diferentes.

Uno de los atractivos de la Praga de las primeras décadas del siglo XX era su multiculturalidad, encanto que se perdió, hace más de setenta años, con el ascenso de Hitler. La Praga de la preguerra tenía aproximadamente medio millón de habitantes; vivían en ella unos 415.000 checos (que representaban un 92% de la población total) y 34.000 germanohablantes (un 8%), de los cuales 25.000 eran judíos. Si bien poco numerosa, la minoría de habla alemana era económicamente poderosa y culturalmente fuerte: poseía dos teatros grandes y esplendorosos, una espaciosa sala de conciertos, una universidad, nueve institutos de enseñanza secundaria y dos periódicos. Alemanes, checos, judíos, católicos, protestantes, anarquistas y republicanos, todos convivían entre los muros ennegrecidos de las callejuelas torcidas de la Praga gótica.

En el café Union

Mientras los intelectuales praguenses en lengua alemana hacían sus tertulias cotidianas en el café Arco, los escritores checos, sobre todo los más bohemios, solían tomar su copa de vino o su té con ron, según la estación del año, en el café

Union. En aquella época había tres camareros que siempre ayudaban a los clientes, sobre todo a los artistas, a salir de una situación difícil, poniendo incluso pequeñas sumas de dinero si al cliente no le llegaba para pagar. En el Union irrumpía el autor de *Las aventuras del buen soldado Švejk*, Jaroslav Hašek, generalmente ya bastante alegre, y después de unas cuantas copas más se tumbaba en un sofá de terciopelo rojo que había en un rincón. Cuando los ronquidos del escritor se hacían demasiado fuertes o cuando sus botas enlodadas manchaban el terciopelo impecable, entonces hasta los camareros más bohemios perdían la paciencia y, entre dos, acompañaban a la puerta al borracho.

Así era Hašek, el gran bebedor de cerveza, el insigne bromista y satírico.

La vida de Hašek

Jaroslav Hašek nació en 1883 en Praga. Cuando tenía trece años, lo echaron del instituto y el muchacho se convirtió en aprendiz de droguero. Tres años más tarde, siguiendo el deseo de su madre, se matriculó en la Escuela de Comercio, estudios que acabó en tres años, en 1902. Después de haber recibido el título, llegó a trabajar como empleado de una oficina de seguros del banco Slavia. Sin embargo, al cabo de un año lo despidieron por ausencias injustificadas. En aquella época, es decir, a los dieciséis años, el joven Jaroslav Hašek comenzó a escribir cuentos y a publicarlos en los periódicos checos, y se hizo amigo de militantes anarquistas. A menudo, lo detenían por alborotador y borracho, de manera que decidió irse de viaje por Europa Central y los Balcanes, básicamente a pie porque no tenía dinero. Mientras vagabundeaba aprendió alemán, francés, húngaro y, más tarde, también ruso. En 1910 se casó con una joven checa de Praga, Jarmila Mayerová, contra la voluntad de los padres de ella, temerosos de que la pareja no llegara a ganar suficiente dinero para sobrevivir. Entonces Hašek consiguió un empleo fijo como redactor de la revista *El mundo de los animales*, pero muy pronto comenzó a aburrirse tanto del matrimonio –del cual

huía frecuentemente para hacer vida bohemia— como de la revista, que empezó a llenar con sus mistificaciones: se inventaba animales inexistentes, imaginarios, y cuando hablaba de animales conocidos, les adjudicaba funciones extrañas. (En la novela *Las aventuras del buen soldado Švejk* —que tiene muchos rasgos autobiográficos—, uno de los personajes, el voluntario de un año Marek, es redactor de una revista sobre el reino animal donde se inventa animales.) El matrimonio Hašek, que tenía un hijo, se separó. En 1911, Hašek comenzó a participar en la escena política: fundó el Partido Progresista Moderado dentro del Marco de la Ley, una mistificación que caricaturizaba la atmósfera política del momento. Al mismo tiempo se ganaba la vida con el negocio de compraventa de perros (como más tarde lo hará su protagonista, Josef Švejk), ofreciendo unos exquisitos y caros perros de pura raza que en realidad eran callejeros. No tenía trabajo fijo ni domicilio: pernoctaba en casa de los amigos; a menudo rodaba por el mundo y, asimismo, no dejaba nunca de redactar artículos y cuentos (escribió más de dos mil), además de leer; toda la obra de Hašek testimonia que el autor era un hombre de una extensa y elevada cultura.

En 1915, o sea un año después de haber estallado la Primera Guerra Mundial, Hašek era muy consciente de que tarde o temprano estaría obligado a participar en la guerra, y por eso se adelantó a los acontecimientos y se hizo voluntario de un año. Nadie sabía nada de su decisión de ir a la guerra, de manera que, durante unos meses, lo estuvieron buscando. Desde la ciudad de České Budějovice, en el sur de Bohemia, se lo llevaron al frente de Galitzia (más tarde, Hašek describiría todo este recorrido en su novela). En septiembre de 1915 se dejó coger voluntariamente por el enemigo, es decir, por los rusos; a continuación, pasó dos años escribiendo y publicando en Kiev, en Ucrania. En 1916 ingresó en las Legiones Checoslovacas. Bajo la influencia de la Revolución rusa, en 1918 entró en el Ejército Rojo; una de las condiciones que le pusieron los militares era que dejara de beber; el escritor siguió la orden al pie de la letra. Aquel mismo año, en la defensa de la ciudad rusa de Samara, fue conocido como un valiente adalid militar y un serio funcionario del ejército bolchevique; según las últimas investigaciones queda claro que, lejos de la atmósfera

pequeñoburguesa de su país natal, en el ambiente revolucionario Hašek cometió más de un acto de crueldad y ordenó un número bastante elevado de ejecuciones. Tras la caída de Samara se ocultó en los bosques de Siberia, controlados por el Ejército Blanco. En Rusia volvió a casarse, esta vez con la rusa Alexandra Grigórievna Lvova, llamada Shura, aunque su primer matrimonio aún estaba legalmente vigente. En diciembre de 1920 regresó a Praga con su mujer rusa; como buen organizador político fue enviado allí para estructurar el movimiento comunista. No obstante, por motivos de política internacional, Hašek no pudo llevar a término su misión. Hasta hoy, Hašek es conocido en Rusia no como un bebedor, un bohemio y un autor de textos cómicos, sino como un serio e instruido intelectual y un funcionario militar responsable y disciplinado. Todo esto hace pensar que su faceta bohemia en Praga era, siquiera en parte, una mistificación.

En 1921 comenzó a escribir la novela *Las aventuras del buen soldado Švejk* y la fue publicando, acto seguido, en forma de cuadernos; él mismo pagó la edición. La novela tuvo cierto éxito, especialmente entre la clase trabajadora; poco después, una editorial de prestigio decidió publicarla en cuatro volúmenes (1921-1923). Sin estar sometido a las condiciones militares, Hašek volvió a entregarse a la bebida y su salud se fue deteriorando rápidamente. En el verano de 1921 abandonó Praga, con Shura y un amigo, para vivir en el campo no demasiado lejos de la capital. El 3 de enero de 1923 murió en su casa de campo, en Lipnice, de un paro cardíaco, sin haber llegado a los cuarenta años y sin haber acabado la novela que, durante los últimos meses, iba dictando en su dormitorio a un secretario.

Una crónica de la guerra

Hašek concibió su novela como una crónica de la Primera Guerra Mundial, en la que, ya lo apuntamos, participó como soldado, uno de los llamados voluntarios de un año. De modo que la novela tiene muchos elementos autobiográficos: unos cuantos personajes de la obra son hombres y mujeres que habían existido de verdad y que tenían los mismos nom-

bres y apellidos que los que figuran en la obra. Además, la mayoría de los hechos bélicos que se describen en ella se basan en la realidad. Para hacer esta crónica más viva y fidedigna, Hašek utilizó todo un tejido de pequeñas historias y anécdotas que había escuchado contar en las tabernas de Praga a las que acudía. También usó leyes y artículos. Algunos se reproducen en la novela tal como figuraban en el Código Penal de la época, mientras que hay otros que el autor modificó para que resaltasen sus partes ridículas y absurdas, además de su falta de lógica.

Una época de transición

Hašek, y toda la pléyade de escritores centroeuropeos, de Praga, de Viena, de Budapest y de otros lugares, estaban marcados por un período de transición, por el final de una época y el comienzo de otra. El Imperio austrohúngaro se estaba hundiendo, se había acabado un periodo tranquilo y seguro, aunque a menudo odiado. El cambio, la guerra, el miedo y la inseguridad estaban en el aire. Es en ese momento de la historia de Europa en que Joseph Roth escribió *La marcha Radetzky*, Karl Kraus, *Los últimos días de la humanidad*, y Franz Kafka, *El proceso*.

De la misma manera que en la obra de Kafka, también en la novela de Hašek lo ridículo, lo grotesco y lo absurdo no son sino una huida del miedo, de la inseguridad y de la angustia que se intuía en la época. Cuando Kafka leía fragmentos de sus obras en voz alta a sus amigos, estallaban en carcajadas; lo mismo pasa cuando se leían *Las aventuras del buen soldado Švejk*. La absurdidad de la obra de Hašek nace directamente de ese temor que se respiraba. Y es que Švejk y la gente que se mueve a su alrededor ponen en marcha mecanismos que les hacen olvidar el miedo y el mundo de la muerte absurda en medio de la guerra. Los protagonistas apartan este universo sin sentido de su campo visual por diversos medios. El más importante, la palabra: así, el humor, los chistes y las anécdotas que provocan risa harán olvidar el miedo, aunque sea momentáneamente.

También el cinismo es una máscara de protección. O el juego, que hace pasar el tiempo y crea un mundo nuevo e interesante. Y la acción: cualquier acción, por poco sentido que tenga, por desesperada que sea, es una protección contra la muerte porque significa su aplazamiento; Švejk es consciente de ello cuando emprende su vagabundeo por la Bohemia del sur: pese a correr el riesgo de ser acusado y juzgado como fugitivo, se escapa, siquiera de momento, de la muerte en el frente; y esto es lo que en definitiva cuenta. La payasada y la máscara de idiota divierten a los compañeros de Švejk, que hace reír a todo el mundo y así conjura el miedo y la muerte.

¿Quién es Švejk?

¿Quién es Švejk? Esta pregunta va pasando por la mente del lector de la novela una y otra vez: ¿Švejk es un pobre imbécil o, por el contrario, es una inteligencia privilegiada y calculadora que sabe apartar de su persona las grandes iras de la historia? ¿Es un simple bebedor de cerveza o un cerebro maquiavélico? ¿Es un cobarde que no quiere ir a la guerra o un héroe que más de una vez se salva a sí mismo y también a los suyos? ¿Es un traidor o, en cambio, es un hombre leal?

La respuesta –si es que hay una respuesta en el caso de Švejk– es que el soldado se muestra como un bobo, aunque sea un hombre inteligente y astuto. Švejk es un jugador y el poder anónimo es su contrincante. Pero sobre todo es un ser humano normal y corriente y por tanto tiene un gran espectro de atributos contradictorios, es alguien que actúa según las exigencias de la situación, de acuerdo con un único criterio: sobrevivir.

Švejk tiene un poco de Rabelais, mucho de Diderot y aún más de Cervantes. Es la reencarnación moderna tanto de Don Quijote como de Sancho Panza. Como Sancho, muchas veces hace de criado y a menudo acaba protegiendo a su amo, pero siempre se burla de él. ¿Quién es Švejk? La respuesta, como apuntábamos, no es nada fácil. Švejk es transparente y opaco al mismo tiempo, es fatalista y, cuando le apetece, es capaz de cambiar el curso de la historia.

El escritor checo Bohumil Hrabal, un gran seguidor de Hašek, define *Las aventuras del buen soldado Švejk* de esta manera: «El protagonista de la novela de Hašek, el buen soldado Švejk, es en cierto sentido un personaje tan enigmático que creo que nadie lo comprende del todo. Y su creador, Hašek, no es menos misterioso: es un escritor que fue dadaísta mucho antes de que el dadaísmo surgiera en Zúrich, incluso se adelantó a los “happenings”, porque lo que él organizaba en las calles de Praga no se puede describir con otra palabra. Me siento muy identificado con él; Hašek era capaz de beber enormes cantidades de cerveza, y era una persona olvidadiza, como Charlot. Un día, cuando su mujer lo envió a comprar un cochecito para su hijo, Hašek fue a tomar una cerveza, se olvidó de todo, gastó el dinero en la bebida y no volvió nunca más a casa con su familia. No digo que el suyo fuese un comportamiento modélico, pero se ha de tener en cuenta que Jesucristo también abandonó a su madre y que Mahoma hasta cortó su mitad de sábana, que lo unía a su mujer, para irse y ser libre. Hašek hizo lo mismo para poder escribir su obra, que ahora nos maravilla a todos».

Una obra profética

Hašek fue un precursor de las ideas fundamentales de la literatura centroeuropea –y europea en general– del siglo XX. La cultura centroeuropea de comienzos de la pasada centuria se podría definir como la huida de la racionalidad y del orden impuesto por un Estado todopoderoso hacia el espacio humano íntimo. Lo que Europa Central experimentó a lo largo del siglo XIX, es decir, el fortalecimiento del aparato del Estado y del centralismo basado en la uniformización de diversas culturas, etnias, religiones y lenguas, y el control burocrático del individuo, se ha convertido en la tendencia esencial de la historia del siglo XX y la contemporánea. Jaroslav Hašek, en su novela, comprendió esta tendencia, la anticipó universalmente y la analizó a fondo antes que tomara su monstruosa dimensión, tal como se dio a conocer a lo largo del siglo XX. Por eso se puede afirmar que se trata de una obra profética.

A Hrabal le gustaba afirmar que los personajes de la gran literatura universal del siglo XX tienden a acercarse al «verteadero de la época». Para él, precisamente este tipo de gente lo representa todo; le han enseñado muchas cosas. En el siglo XX, el arte y la literatura han bajado al nivel de la gente corriente y de los marginados. Esto es verdad en Céline y su *Viaje al fin de la noche*; en Chéjov y sus cuentos escritos a partir de inscripciones que el autor leyó en los lavabos públicos; en Isaak Bábel, Hemingway y Breton; pero antes que en ningún otro, esto es cierto en Hašek y su soldado Švejk, un personaje de los bajos fondos que se dedica a vender perros robados y que al mismo tiempo es un hombre tan notable que, como un mago, hablando y charlotteando revela y vence al mundo en vía de degeneración.

A Hrabal, Hašek le enseñó a mirarlo todo desde la perspectiva de los marginados, de los de abajo. «Me enseñó a mirar el mundo desde el punto de vista de la *docta ignorantia* –dice el ilustre seguidor de Hašek–, es decir, apagando el brillo del intelecto e intentando ser igual al polvo en el que me convertiré. Hašek me enseñó a preferir la vivencia al saber puro.»

La guerra como retrato del mundo

¿Cómo retrata Hašek la rebelión del hombre contra el aparato estatal draconiano que más tarde, al comenzar la Primera Guerra Mundial, se convierte en un monstruo bélico? El tratamiento de la realidad en la novela de Hašek tiene muchos puntos en común con Kafka; si los funcionarios de las novelas de Kafka llevan al absurdo sus obligaciones y el cumplimiento de la ley, lo mismo pasa en la novela de Hašek: su protagonista Švejk cumple las sugerencias y las órdenes que recibe tan al pie de la letra que el efecto es hasta tal punto cómico y grotesco que despierta una hilaridad incontenible y demuestra la absurdidad del orden.

Švejk ridiculiza todas las instituciones ante las que comparece: las de la justicia, las militares, las políticas, las religiosas y las de la salud. Si viviera hoy, habría ridiculizado también el mundo de los bancos, de los *brokers* y de los mercados finan-

cieros. Švejk, con la jarra de cerveza en la mano, contando sus historias hasta marear a su interlocutor con su inocencia, buena fe aparente y maneras de payaso, se burla de todo, de la maquinaria estatal tanto en tiempo de paz como de guerra. Asimismo, Švejk sabe que lo que tiene sentido son las historias humanas y no la Historia con mayúscula que se está produciendo en aquel momento. Sus aventuras son, pues, la búsqueda de sentido en un mundo que carece de él.

A la pregunta: «¿Quién es usted, Švejk?», el buen soldado suele contestar: «A sus órdenes, señoría, soy un idiota oficial». Aquí radica la clave del personaje de Švejk y de la novela. Hašek dijo una vez a un amigo: «Si quieres ser libre en este mundo, has de parecer un idiota».

Švejk se da cuenta de que vive en un mundo absurdo, injusto y lleno de estupidez, y para salvar su propia integridad, encuentra un único camino: identificarse con esa estupidez. Si hubiera hallado en una calle de la vieja Praga a uno de los personajes kafkianos –condenados y víctimas por haber creído en la justicia y en su trabajo–, Švejk, este burlador y sobreviviente porque era un descreído, les habría dirigido dos frases que expresan su filosofía y que le han servido para rondar indemne por el mundo: «El hombre querría ser un gigante y en cambio es una mierda. Yo salgo adelante, amigo, porque soy un idiota».

MONIKA ZGUSTOVA

Una gran época pide grandes hombres. Hay héroes desconocidos y oscuros, privados de la fama y de la gloria históricas de un Napoleón. Un análisis de su carácter empañaría hasta la gloria de Alejandro Magno. Hoy mismo podríais encontrar, por las calles de Praga, a un hombre desaliñado que no se da cuenta de la importancia que tiene para la historia de la magna época moderna. Sigue su camino con humildad, no molesta a nadie ni le asedia ningún periodista pidiéndole una entrevista. Si le preguntarais cómo se llama, os contestaría con sencillez y modestia: «Soy Švejk...».

Y sin duda este hombre tranquilo, descuidado y discreto es el viejo y buen soldado Švejk, valeroso y heroico, cuyo nombre, en la época del Imperio austrohúngaro, repetían todos los ciudadanos del reino de Bohemia; ni la república hará empalidecer su gloria.

Quiero mucho a este buen soldado Švejk, y estoy convencido de que cuando narre sus aventuras durante la Guerra Mundial, todos vosotros sentiréis por este héroe humilde y desconocido la misma simpatía. No, él no incendió el templo de la diosa en Éfeso como hizo aquel bendito de Eróstrato sólo para salir en los periódicos y los manuales de historia.

Y con esto acabo.

EL AUTOR

PRIMERA PARTE

En la retaguardia



1

El buen soldado Švejk interviene en la Guerra Mundial

—Así que nos han matado a Fernando —dijo el ama al señor Švejk que, una vez declarado idiota por la comisión médica militar, había abandonado el servicio y vivía de la venta de perros, unos horribles monstruos híbridos para los cuales inventaba falsas genealogías.

Aparte de aquella ocupación, sufría de reumatismo y en aquel momento preciso se embadurnaba las rodillas con un linimento alcanforado.

—¿De qué Fernando habla, señora Müllerová? —preguntó Švejk sin dejar de masajearse las rodillas—. Yo conozco a dos Fernandos. Uno es criado del droguero Průša, aquel que una vez se untó por equivocación el cabello con pomada, y también conozco a un tal Fernando Kokoška, que recoge mierda de perro. El mundo poco perdería sin ellos.

–Señor mío, ¡se trata del archiduque Fernando, el de Kono-
piště, aquel hombre gordo y piadoso!

–¡Virgen santa! –exclamó Švejk–, ¡qué cosas! ¿Y dónde
han matado al archiduque?

–En Sarajevo, señor, con un revólver, mientras iba en coche
con aquella mujer, la archiduquesa.

–¡Caramba, señora Müllerová! ¡En coche! Claro, un señor
como él se puede permitir ese lujo, pero no se imaginaría que
un viaje así pudiera acabar mal. ¡Y además en Sarajevo, es
decir, en Bosnia, señora Müllerová! Seguramente, habrá sido
cosa de los turcos. Nunca les deberíamos haber quitado Bos-
nia-Herzegovina. Vaya, vaya. Así que el señor archiduque ya
reposa en la paz del Señor. ¿Y sufrió mucho?

–El archiduque la diñó en el acto, señor. Ya se sabe, un re-
vólver no es cosa de broma. No hace mucho, en mi barrio, en
Nusle, un señor que estaba jugando con un revólver envió al
otro barrio a toda su familia, y también al portero, que había
ido a ver quién disparaba en el tercer piso.

–Hay revólveres que no disparan por más que uno se afane
en ello, señora Müllerová. Hay un montón de sistemas diferen-
tes. Pero para asesinar al archiduque han debido de utilizar un
artefacto de los mejores. Me juego lo que quiera a que, ade-
más, el hombre que lo ha hecho estaba vestido para la ocasión.
Ya se sabe que disparar contra el archiduque es un trabajo di-
fícil. No es como cuando un cazador furtivo dispara contra el
guardabosques. Lo que importa es la manera en que te acer-
cas. No puedes ir a ver a un señor así con un traje andrajoso.
Hay que llevar sombrero de copa si no quieres que la policía
te eche.

–Parece que ha sido más de uno, señor.

–Está clarísimo, señora Müllerová –dijo Švejk, acabando
de frotarse las rodillas–. Si usted quisiera matar a un archidu-
que o a un emperador, seguro que consultaría a alguien más.
Cuantas más personas, más juicio. Uno propone esto, el otro
aquello, y es así como «se logra un buen resultado», como
dice nuestro himno nacional. Lo más importante es aprove-
char el momento en que la persona en cuestión pasa por de-
lante de ti. ¿Se acuerda usted del señor Luccheni, aquel que
apuñaló a nuestra difunta Elizabeth con una lima? Pues pa-
seaba con ella. ¡Para fiarte de la gente! Desde aquel día, nin-

guna emperatriz sale a pasear. Y la misma suerte les espera a muchos otros. Ya verá, señora Müllerová, como también les llegará el turno al zar y a la zarina y, Dios le libre, a nuestro emperador, si ya han comenzado con su tío... El pobre abuelo tiene un montón de enemigos. Aún más que Fernando. Como hace poco contaba un hombre en la taberna, llegará un día en que los emperadores se irán a la caja uno detrás de otro de tal modo que ni la fiscalía podrá hacer nada por ellos. El hombre después no pudo pagar y el dueño tuvo que avisar a la policía. Y el hombre le propinó un sopapo a él y dos al guardia. De manera que se lo llevaron en el carro municipal para que volviera en sí. ¡Ay, señora Müllerová, hoy en día pasa cada cosa! Otra pérdida para Austria. Cuando yo hacía la mili, un soldado de infantería mató a tiros al capitán. Cargó el fusil y se fue derecho a la oficina. Le insistieron en que no tenía nada que hacer allí, pero él dale que dale con que tenía que hablar con el capitán. Cuando éste salió, lo castigó inmediatamente con un arresto de caserna. El soldado cogió el fusil y le disparó directamente al corazón. La bala le atravesó la espalda y hasta causó destrozos en la oficina. Rompió una botella de tinta que manchó todos los expedientes.

—¿Y qué pasó con el soldado? —preguntó la señora Müllerová un rato después, mientras Švejk se aseaba.

—Se colgó con los tirantes —dijo Švejk mientras limpiaba su duro sombrero—. Y los tirantes ni tan siquiera eran suyos. Había pedido al carcelero que se los dejara porque se le caían los pantalones. ¿Tal vez hubiera debido de esperar pacientemente a que lo fusilaran? Ya sabe, señora Müllerová, en casos como éste cualquiera puede perder la cabeza. Al carcelero lo degradaron y le cayeron seis meses, pena que no cumplió, y huyó a Suiza, donde ahora es predicador. Dios sabe en qué parroquia. Hoy en día hay poca gente honrada, señora Müllerová. Me imagino que el archiduque Fernando también se equivocó con respecto a la persona que disparó contra él. Seguramente, vio a un señor y pensó que si le gritaba «¡viva!» debía de ser una persona honesta. Y, en cambio, va y le pega un tiro. ¿Le disparó una o más veces?

—Los periódicos dicen que el archiduque tenía más agujeros que un colador. Le vaciaron el cargador entero.

—Sí, son cosas que se hacen deprisa, señora Müllerová,

muy deprisa. Para algo así yo me compraría un Browning. Parece de mentira, pero en dos minutos puedes cargarte a tiros a veinte archiduques, gordos o flacos. Aunque, dicho sea entre nosotros, señora Müllerová, es más fácil acertar en uno gordo que en uno flaco. ¿Se acuerda de que una vez en Portugal dispararon contra su rey? Pues también estaba gordo. Claro que un rey no puede estar delgado, de ninguna manera. En fin, me voy a la taberna del Cáliz. Si viene alguien a recoger el perro faldero del que ya he cobrado paga y señal, le dice que lo tengo en la perrera, en el campo, que no hace mucho le he recortado las orejas y que hasta que no se le hayan curado las heridas no lo puedo sacar a pasear, porque se resfriaría. Deje la llave a la portera.

En la taberna del Cáliz sólo había un cliente. Era Bretschneider, el guardia vestido de paisano que servía en la policía secreta. Palivec, el tabernero, lavaba los vasos y Bretschneider se esforzaba en vano por entablar conversación sobre algún tema serio.

Palivec era célebre por su grosería: de cada dos palabras que decía, una era «cojones» o «mierda». No obstante, era un hombre culto y aconsejaba a todo el mundo que leyera el comentario de Victor Hugo sobre la última respuesta de la vieja guardia de Napoleón a los ingleses en la batalla de Waterloo.

–Tenemos un verano muy bueno, ¿verdad? –dijo Bretschneider para empezar a conversar sobre temas importantes.

–Todo es una mierda –contestó Palivec mientras colocaba los vasos en la vitrina.

–¡La que han armado en Sarajevo! –volvió a decir Bretschneider sin demasiadas esperanzas.

–¿En qué «Sarajevo»? –preguntó Palivec–. ¿En la taberna de Nusle? Allí se pelean día sí, día también. Ya se sabe, aquel barrio...

–¡Hablo del Sarajevo de Bosnia, patrón! Han matado al archiduque Fernando. ¿Qué le parece?

–Yo no quiero saber nada de eso. Los que quieran meterse en ese tipo de cosas pueden irse a hacer puñetas –contestó Palivec con cortesía, encendiendo la pipa–. Hoy en día, remover esta mierda le puede costar a uno el cuello. Yo soy comerciante, y si viene alguno y me pide una cerveza, se la sirvo y santas pascuas. Pero cosas como Sarajevo, la política y el di-

funto archiduque son palabras mayores, y lo único que puedes sacar de ellas es la cárcel.

Bretschneider se calló y, desilusionado, se puso a observar la taberna vacía.

–Aquí había un retrato de Su Majestad el emperador –dijo al cabo de un rato–, aquí mismo, donde está el espejo.

–Tiene razón –contestó Palivec–. Estaba colgado aquí, sí, pero como las moscas se cagaban en él, lo subí a la buhardilla. Podía haber provocado comentarios que me habrían traído problemas, bien lo sabe. ¡Como si no tuviera ya bastante!

–Las cosas deben de pintar muy mal en Sarajevo, ¿no, patrón?

El señor Palivec respondió a esa pregunta capciosa con una prudencia excepcional:

–En esta época, en Sarajevo hace un calor horrible. Cuando yo hacía la mili, a nuestro teniente le teníamos que poner hielo en la cabeza.

–¿En qué regimiento sirvió, patrón?

–No me acuerdo de fruslerías como ésa. Nunca me han preocupado tonterías semejantes ni he sentido ninguna curiosidad por saberlas –contestó el señor Palivec–. Demasiada curiosidad hace daño.

Cabizbajo, el agente Bretschneider se calló definitivamente y su expresión poco se habría animado si no hubiera entrado Švejk, que pidió una cerveza negra al tiempo que hacía una observación:

–En Viena también están de duelo.

A Bretschneider se le iluminaron los ojos esperanzados y, tanteando el terreno, dijo:

–En el castillo de Konopiště ondean diez banderas negras.

–Tendrían que ser doce –dijo Švejk después de echar un buen trago de cerveza.

–¿Por qué doce? –preguntó Bretschneider.

–Porque es una cifra redonda y porque es más sencillo contar por docenas. Además, por docenas todo sale mejor de precio –contestó Švejk.

Se hizo un silencio que el propio Švejk interrumpió con un suspiro.

–O sea, que el archiduque reposa en el seno de la justicia divina; que Dios le conceda la paz eterna, pues. No ha vivido

lo suficiente para ser emperador. Una vez, cuando yo hacía la mili, un general se cayó del caballo y se mató como si nada. Querían ayudarlo a montar otra vez, pero se dieron cuenta con sorpresa de que estaba muerto y bien muerto. Le faltaba poco para llegar a mariscal de campo. Sucedió durante un desfile militar. Esta clase de desfiles no lleva nunca a nada bueno. En Sarajevo también organizaban uno. Recuerdo que una vez, antes de uno de esos desfiles, me encerraron dos semanas porque me faltaban veinte botones del uniforme. Durante dos días estuve echado como un enfermo, inmovilizado por los grilletes. Pero en el ejército ha de haber disciplina; de lo contrario, nadie haría caso de nada. Nuestro teniente Makovec nos decía siempre: «Es preciso que haya disciplina, majaderos; si no, todavía treparíais a los árboles como si fueseis monos; ¡de unos tochos como vosotros sólo puede hacer hombres el ejército!». ¿Y no es verdad? Imaginad, por ejemplo, que en la plaza Carlos, en cada árbol hubiera un soldado indisciplinado. Esto siempre me ha dado mucho miedo.

—Lo que ha pasado en Sarajevo —insinuó Bretschneider— es cosa de los serbios.

—Se equivoca —dijo Švejk—, lo han hecho los turcos para vengar a Bosnia-Herzegovina.

Y Švejk expuso su punto de vista sobre la política de Austria-Hungría en los Balcanes. Según él, en 1912 los turcos perdieron la guerra con Serbia, Bulgaria y Grecia porque Austria-Hungría no les envió la ayuda que habían pedido y por ello ahora habían matado a Fernando.

—¿Te gustan los turcos? —Švejk se dirigía al tabernero Palivec—. ¿Te gustan esas bestias paganas? Supongo que no, ¿verdad?

—Un cliente es un cliente —dijo Palivec—, aunque sea turco. Para nosotros, los comerciantes, la política no existe. Si pagas tu cerveza, siéntate y habla todo lo que quieras; he aquí mi principio. Me da igual si el que ha matado a nuestro Fernando es un serbio o un turco, un católico o un musulmán, un anarquista o un nacionalista checo.

—De acuerdo, patrón —observó Bretschneider, que otra vez perdía las esperanzas de poder atrapar a uno de los dos—, pero tiene que admitir que es una gran pérdida para Austria.

Švejk contestó en lugar del tabernero:



–Que es una gran pérdida nadie lo puede negar. Una pérdida enorme. No puede sustituir cualquiera a un botarate. Lo que pasa es que tendría que haber sido todavía más barrigudo.

–¿Qué quiere decir? –se animó Bretschneider.

–¿Que qué quiero decir? –replicó Švejk con la mayor tranquilidad del mundo–. Hombre, sólo eso: si hubiera sido más gordo, seguramente habría tenido un infarto ya hace tiempo, cuando perseguía a las viejas que buscaban setas y recogían leña en el bosque imperial de Konopiště, y así no habría muerto de una manera tan vergonzosa. Qué contrariedad: ¡un tío de Su Majestad el emperador muerto a tiros como un perro! ¡Qué escándalo, los periódicos no hablan de otra cosa! Hace años, en Budějovice, en una discusión, apuñalaron a un tal Břetislav Ludvík, que comerciaba con ganado. Cuando su hijo Bohuslav iba a vender sus cerdos, nadie quería comprarle ninguno y todos decían: «Éste es el hijo del que apuñalaron. Seguramente será también una mala pieza». Al final, no tuvo más remedio que tirarse al Moldava desde el puente de Krumlov; lo tuvieron que rescatar, vaciarle el agua de los pulmones, hasta que el muchachote respiró por última vez en los brazos del médico, que le acababa de poner una inyección.

–Hace usted unas comparaciones muy extrañas –dijo Bretschneider en un tono suficientemente significativo–. Primero habla del archiduque Fernando y después de un traficante de ganado.

–De ninguna manera –se defendió Švejk–. Dios me libre de hacer comparaciones. El patrón me conoce. ¿Verdad que nunca he comparado a una persona con otra? Sólo que no me gustaría verme en la piel de la viuda del archiduque. ¿Qué hará ahora? Los niños se han quedado huérfanos y la propiedad de Konopiště sin dueño. ¿Casarse con otro archiduque? ¿Y qué sacará de ello? Hará con él otro viaje a Sarajevo y enviudará por segunda vez. Hace años, en el pueblo de Zliv, cerca de Hluboká, vivía un guardabosques que tenía el feo nombre de Picha. Los cazadores furtivos lo mataron a tiros, y él dejó viuda y dos niños. Al cabo de un año, la mujer se volvió a casar con otro guardabosques, Pepík Šavle de Mydlovary. Y también lo liquidaron. Entonces se casó por tercera

vez, también con un guardabosques, diciendo: «A ver si el tres me trae buena suerte. Si esta vez no sale bien no sabré qué hacer». Naturalmente, también lo pelaron, y ella se quedó con seis hijos de sus tres guardabosques. Más tarde se casó con el guarda de pesca Jareš del estanque de Ražice. No se lo creará, pero lo ahogaron cuando pescaba en el estanque, y con él también había tenido dos hijos. Después se casó con un capador de Vodňany que la mató una noche a hachazos y después se entregó a la policía. Y, cuando el tribunal del distrito de Písek lo hizo ahorcar, el capador mordió la nariz al capellán diciendo que no se arrepentía de nada y añadió alguna cosa muy fea sobre nuestro emperador.

—¿Y no sabe qué dijo? —preguntó Bretschneider con una voz llena de esperanza.

—No se lo puedo decir porque nunca nadie se ha atrevido a repetirlo. Pero tuvo que ser algo espeluznante porque uno de los consejeros del tribunal enloqueció después de haberlo oído. Todavía hoy lo tienen aislado en una celda para que no salga todo a la luz. Nada que ver con las ofensas a nuestro emperador que se le escapan a la gente cuando está borracha.

—¿Cuáles son las ofensas a nuestro emperador que se le escapan a la gente cuando está borracha? —preguntó Bretschneider.

—Señores, hagan el favor de cambiar de tema —suplicó el tabernero Palivec—; de sobra saben que no me gusta que hablen de estas cosas. Se puede escapar alguna sandez que más tarde nos pueda perjudicar.

—¿Que qué clase de ofensas al emperador se le escapan a un borracho? —repitió Švejk—. Pues de cualquier clase. Emborráchese, haga que toquen el himno austríaco y ya verá lo que empieza a soltar. Se le ocurrirán tantas cosas sobre el emperador, que con la mitad sería suficiente para dejar a Su Majestad en ridículo para toda la vida. Pero el abuelo no se lo merece, de verdad que no: perdió a su hijo Rodolfo cuando éste era joven y estaba pletórico de virilidad. A su esposa Elizabeth la apuñalaron con una lima. Johann Orth desapareció y vete tú a saber dónde está. A su hermano Maximiliano, el emperador de México, lo fusilaron en una fortaleza, contra un muro cualquiera. Y ahora que ya es viejo van y lo matan. Pobre hombre, debía de tener los nervios de acero. Y después

viene un borracho y se pone a insultarlo. Si hoy comenzara una guerra, me alistaría como voluntario y me desviviría por servir a Su Majestad el emperador.

Švejk, tras beber un buen trago, continuó:

—¿Usted piensa que el emperador lo dejará correr? ¡Pues lo conoce muy poco! Hay que montar una guerra contra los turcos. Me habéis matado al tío, pues yo os reventaré a puñetazos. La guerra está asegurada. Serbia y Rusia se aliarán con nosotros. ¡Vaya paliza que les daríamos a los turcos!

Švejk estaba espléndido en su exuberancia profética. Su cara ingenua sonreía como la luna llena e irradiaba entusiasmo. Lo veía todo muy claro.

—Es posible —prosiguió con su previsión sobre el futuro de Austria— que en caso de guerra con Turquía nos ataquen los alemanes, porque éstos y los turcos se ayudan. Unos y otros son unos canallas tan malnacidos como en todo el mundo no encontraríamos otros. Pero nosotros nos podemos aliar con Francia, que desde 1871 odia a Alemania. ¡Y hala!, guerra, y habrá una guerra que Dios nos ampare.

Bretschneider se levantó y dijo solemnemente:

—No hay nada más que decir. Acompañeme al corredor, tengo que decirle una cosa.

Švejk siguió al agente al corredor, donde le esperaba una pequeña sorpresa: su compañero de mesa le mostró el águila, la insignia de la policía, y le comunicó que lo detenía y que se lo llevaba enseguida a la prefectura. Švejk intentó explicarle que se trataba de un error, que él era completamente inocente, que no había pronunciado ni una sola palabra que pudiera ofender a nadie.

Bretschneider le replicó, sin embargo, que había cometido varios delitos, entre ellos el de alta traición.

Entonces volvieron a la taberna y Švejk le dijo al señor Palivec:

—Cóbrame cinco cervezas, una salchicha y un panecillo. Y ponme un aguardiente. Me voy detenido.

Bretschneider enseñó el águila al señor Palivec y, tras mirarlo un instante, preguntó:

—¿Está casado?

—Sí, señor.

—¿Y su esposa puede llevar el negocio si usted no está?

–Sí, señor.

–Está bien, patrón –dijo Bretschneider con alegría–. Haga venir a su esposa y que se encargue de todo. Por la noche lo vendremos a buscar.

–No le hagas caso –le consoló Švejk–, yo voy sólo por alta traición.

–Pero ¿por qué yo? –se lamentó el señor Palivec–, ¡si yo he sido siempre muy prudente!

Bretschneider sonrió, satisfecho con su triunfo, y dijo:

–Porque ha dicho que las moscas se cagaban en nuestro emperador. ¡Ya verá cómo le quitan a nuestro emperador de la cabeza!

De manera que Švejk se fue de la taberna del Cáliz en compañía del agente y, una vez en la calle, le preguntó con su cara siempre iluminada por una sonrisa bondadosa:

–¿Tengo que bajar de la acera?

–¿Por qué?

–Pensaba que por estar detenido ya no tenía derecho a caminar por la acera.

Cuando llegaron al portal de la prefectura, Švejk dijo:

–¡El tiempo se nos ha pasado volando! ¿Va usted a menudo a la taberna del Cáliz?

Y, mientras conducían a Švejk a la oficina de ingreso, en la taberna del Cáliz el señor Palivec encargaba a su esposa que llevara el negocio, y la consolaba a su curiosa manera:

–Calla, mujer, no llores, ¿qué me pueden hacer por un miserable cuadro embadurnado de cagadas?

Fue así como el buen soldado Švejk tomó parte en la Guerra Mundial. A los historiadores les interesará saber que Švejk predijo el futuro. Si más adelante los acontecimientos se desarrollaron de una manera que no coincidía exactamente con su profecía, hemos de tener en cuenta que Švejk nunca había asistido a un curso de ciencias políticas.